

SIERRA NORTE MISTERIOSA

El despertador sonó y me quedé un rato en la cama con los ojos abiertos, pensando en el día que tenía por delante. Nada hacía presagiar lo que estaba a punto de suceder. Los primeros rayos de luz se colaban por las rendijas de la persiana. El día era gris, pero las ganas de dar un paseo por la sierra con mis amigos era, como siempre, el mejor aliciente para una semana de trabajo monótono delante de un ordenador.

A las nueve y cuarto ya estábamos en el coche los cuatro: Olga, Lucía, Luis y yo. Cuando llegamos a la rotonda de "Bienvenido", en Guadalix de la Sierra, empezamos a decidir el lugar en el que pasaríamos la mañana. Nos gustaba hacer una votación de urgencia poco antes de llegar a un cruce o a un desvío. Doscientos metros antes de la siguiente rotonda y entre risas, la mayoría decidimos ir hacia Navalafuente y comenzar desde allí la ruta de ese sábado, no sin antes dar cuenta de un desayuno en el bar de la entrada del pueblo, para templar el frío día de otoño.

Después de reservar una mesa para lo que pensábamos que sería el merecido descanso de una tranquila caminata, nos pusimos en marcha. Comenzamos ascendiendo por una pista ancha y bien señalizada que nos iba describiendo los árboles más frecuentes de la zona: Encinas, robles, quejigos, enebros... Nos dimos cuenta de que nuestro desconocimiento de la vegetación del lugar era mucho mayor de lo que pensábamos, excepto para Olga, que se aprovechaba de sus estudios de botánica para darnos algunas clases para principiantes. Como siempre nos decía, nos colaba alguna "invención propia" porque había que echarle imaginación a la vida.

Poco a poco Olga y Lucía se fueron rezagando, enfrascadas en una conversación interminable de decoración del nuevo apartamento que Olga había estrenado en verano. Luis me contaba una de sus anécdotas como guía turístico, que nunca dejaban de divertirnos. Cuando miré hacia atrás vi que las chicas estaban a una distancia suficiente para poder escondernos detrás de unos arbustos y sorprenderlas por detrás cuando hubieran pasado. Se lo comenté a Luis y le pareció una idea estupenda para reírnos un rato y reagruparnos. El camino giraba a la derecha y aprovechamos para meternos entre las hierbas altas y las ramas, sin darnos cuenta de que el suelo desaparecía bajo nuestros pies.

Sin poder agarrarnos a ninguna parte nos deslizamos por una espiral de tierra y pequeñas piedras que nos quemaban las manos. Caíamos con el único objetivo de intentar parar sin golpearlos con ninguna roca. La última parte fue de una caída brusca que nos hizo dar con nuestros cuerpos en una superficie irregular pero firme, como si tuviera una capa de grava de distintos tamaños.

La oscuridad era total y lo primero que hice fue preguntar a Luis si se encontraba bien. Su voz era una mezcla de sorpresa, desconcierto y dolor. Por los dedos sentía cómo caían gotas y el quemazón se hacía insoportable. Buscamos los móviles para encender las linternas y poder ver dónde habíamos caído.

Nuestra sorpresa fue inmensa cuando vimos que estábamos en el fondo de una cueva de unos tres o cuatro metros de diámetro y pisábamos una mezcla de piedras de diversos tamaños y pequeños trozos de huesos que se extendían por todo el suelo. Sin perder más tiempo empezamos a gritar pidiendo ayuda, con la esperanza de que Lucía y Olga nos oyeran al pasar por el lugar por donde habíamos caído. Nos quedamos en silencio para tratar de escuchar algo, pero no hubo ninguna respuesta. Durante más de cinco minutos encadenamos gritos y silencios, pero no tuvimos ningún resultado. Miré el móvil para ver si había cobertura y la sangre se me heló cuando vi que no había ninguna raya que nos permitiera comunicarnos con alguien.

La cara de Luis era como si en vez de estar viéndome a mí estuviera viendo un fantasma. Le dije que se tranquilizara, que enseguida nos encontrarían, pero mi miedo era igual o mayor que el suyo. Con el paso de los minutos decidimos apagar los móviles para que la batería nos durara el máximo posible. Sin darme cuenta estaba preparándome para que no nos encontraran ese día, para que tardaran varios días en dar con la entrada a la cueva o quizá para que no nos encontraran.

No teníamos comida, ni agua. Sabíamos que sin comida podíamos sobrevivir varios días, pero sin agua no podríamos aguantar más de tres o cuatro días. Tampoco podríamos mantener nuestra temperatura durante mucho tiempo. La humedad hacía que el frío se metiera en nuestros huesos, a pesar de llevar la ropa de montaña que tanto nos gustaba ir a comprar juntos.

A medida que avanzaban las horas sin ninguna novedad el desánimo iba en aumento y a las siete, cuando suponíamos que tenía que estar anocheciendo, empezamos a sentir el cansancio de la tensión de una jornada tan extraña como desconcertante. Decidimos dormir por turnos, para estar atentos por si venían a rescatarnos. Empezó durmiendo Luis. Cuando noté su respiración regular aproveché para comprobar sus heridas. Sabía que nunca me diría la verdad si tuviera algo importante, para no preocuparme. Su dedo pulgar de la mano izquierda tenía mal aspecto, probablemente se le habría roto en la caída.

Era muy extraño que no nos hubieran rescatado ya. Aunque no era un recorrido muy transitado, Lucía y Olga habrían informado de nuestra desaparición y tendría que haber algún equipo de rescate buscándonos. En algún lugar había leído que hasta que no pasan 24 horas de la desaparición no empiezan a buscar. Eso me puso más nervioso. Traté de tranquilizarme pensando que en cualquier momento aparecería alguna luz y voces de

nuestros rescatadores. Pero nada de eso ocurría. Las horas seguían transcurriendo y el frío se había convertido en una sensación insoportable.

Antes de que llegara la hora que habíamos acordado para que empezara mi descanso, Luis ya estaba despierto. A pesar de que trataba de transmitirme tranquilidad su nerviosismo se reflejaba en cada palabra que decía. Traté de dormir un poco sin conseguirlo. La batería de nuestros móviles se estaba agotando y, aunque no servían para comunicarnos con nadie, nos daba tranquilidad saber que todavía estábamos tecnológicamente conectados con el exterior.

Empezamos a hablar de todas las cosas que habíamos hecho juntos, los sitios a los que habíamos viajado, primero recorriendo todo el país y luego conociendo lugares lejanos, muchos de ellos exóticos, siempre con nuestras mochilas encima. Hasta que conocimos a las chicas, que nos enseñaron a disfrutar de cada momento, a reírnos de cada situación inesperada, a vivir cada experiencia como algo único.

Me pareció que aquella conversación era como un resumen de mi vida. Al pensarlo, un frío más intenso todavía recorrió todo mi cuerpo. Era imposible que esto fuera el fin, me quedaba mucho por vivir, gente que conocer, lugares que visitar. Me negaba a aceptar lo que poco a poco se iba convirtiendo en una realidad, que aunque nos localizaran en dos o tres días, ya no tendríamos energías para mantenernos con vida.

Conversamos durante horas, era la mejor manera para que el tiempo pasara rápido y no pensáramos en el frío, la sed y el dolor que sentíamos a cada instante. Pero Luis cada vez parecía más apagado, como si sus energías se fueran agotando. Grité de nuevo, como un último intento de que alguien pasara por el camino y oyera mi voz.

Se quedó dormido, era la forma que tenía su cuerpo de mantener la poca energía que le quedaba. Sin darme cuenta el cansancio acabó por llevarme a mí también a un sueño profundo.

Cuando desperté comprobé que habíamos olvidado apagar los móviles y ya no tenían batería. Mi reloj marcaba las seis y media, pero ya no podía saber si era por la mañana o por la tarde. Tenía la sensación de haber estado durmiendo un día entero, pero no tenía ninguna certeza.

De pronto me di cuenta que no se oía la respiración de Luis. En un ataque de pánico le grité, le zarandeé, pero no respondía. Me abracé a él con la esperanza de que volviera a respirar, pero todo fue inútil. Su piel helada me dejó sumido en una profunda tristeza. Con los ojos muy abiertos, a pesar de estar en la más absoluta oscuridad, pensé en mis padres, en mi hermana, en mis amigos, en toda la gente que me había rodeado. Sólo quería volver a

verlos por última vez, poder decirles una palabra, poder abrazarles, poder tenerles cerca.

Me fui apagando sin saber qué hacer. Dejé de sentir el frío. La sed no me preocupaba. El dolor había desaparecido. Ya no sentía nada, en mis pensamientos aparecimos de nuevo los cuatro riendo y gastando bromas, como de costumbre. Un sueño profundo y vacío se apoderó de mí.

El despertador sonó y me quedé un rato en la cama con los ojos abiertos, pensando en el día que tenía por delante.

Francis Olmedo